

El gran problema del hipo

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

La medicina, a pesar de sus diarios y crecientes progresos, no ha establecido aún de manera concluyente la etiología, y sobre todo la mecánica, del hipo. Sin duda por tratarse de un fenómeno tan trivial, de un capricho pintoresco de la Naturaleza, los médicos no le han prestado aquella atención que dedican a las enfermedades serias, mortales, que es lo más serio de cuanto existe. Un especialista en hipo, aun cuando la medicina tiende cada vez más a la especialización, sería de una comicidad extraordinaria, que acaso mereciera las iras condenatorias del protomedicato.

No existe ningún tratado fundamental sobre un trastorno tan superficial, aunque ruidoso. Así lo afirma el doctor Chaunet, pues yo, por cuenta propia, no puedo asegurarlo, dada mi corta erudición en la materia. Del hipo sólo sé sufrirlo con relativa paciencia cuando me acomete, que suele ser pocas veces, porque hasta en las enfermedades huyo de la frivolidad. Prefiero la gravedad en todo. Un hiposo es siempre objeto de risa, y nunca he podido tolerar que mi personalidad física, tan bien dotada por la Naturaleza en cuanto a reciedumbre y hermosura, sea objeto de chanzas y chacota. El alto concepto que tengo de mi figura—¿para qué disimular un optimismo tan general?—me induce a no consentir bromas sobre ella, ni aun en los momentos en que se halla bajo las contracciones espasmódicas del hipo.

Como va dicho, no se ha escrito sobre este fenómeno morboso ningún tratado científico. Sólo existen algunas definiciones, todas ellas contradictorias. Según el doctor Heucqueville, el hipo pertenece al tipo de los espasmos inspiratorios; esto es, que se produce al aspirar, al atraer el aire a los pulmones, al llenar sus fuelles. En dictamen del profesor Déjerine, el hipo pertenece, por el contrario, al grupo de los espasmos espiratorios, produciéndose no al aspirar, sino al respirar; no al llevar el aire a los bronquios, sino al despedirlo. No cabe mayor disparidad entre ambos juicios. Como la ley de títulos universitarios aprecia que todos los doctores poseen igual sabiduría, no es posible decidirse por una de estas dos versiones. Es curioso que siendo el hipo un fenómeno tan plástico y sonoro, tan evidente y audible, la discrepancia sea

tan radical. Ante opiniones científicas tan dispares, una pregunta asalta nuestra mente: ¿cómo creer en la biología, que pretende establecer las leyes de la vida, cuando no podemos conocer con seguridad la forma en que se produce el hipo, la simple mecánica de sus contracciones, si ellas estallan al aspirar o al respirar? El filósofo más exigente con la biología es Nietzsche. Para él, la verdadera trascendencia de esta ciencia no está en sus explicaciones sobre los principios formativos de la vitalidad; lo fundamental de la biología es que nos diga si el ser que se está fraguando en el claustro materno será liberal o conservador. Con mucho menos nos contentamos aquí: sólo queremos saber cuáles son las verdaderas leyes que rigen el hipo. Pero ni las teorías científicas ni la observación directa nos sacan de la duda. Entre los facultativos viejos y los jóvenes reina cierto desacuerdo; aquéllos tienen más fe en la práctica que en la teoría; éstos la tienen mayor en los libros más recientes y en los últimos específicos. Los doctores viejos creen, como Montaigne, que es mejor conocer al enfermo que a Galeno. Quizá es en el "Estevanillo", la famosa novela picaresca, donde de un modo más convincente se halla resuelto este problema de la teoría y la práctica en medicina. Esteban el golfete entra al servicio de un médico afamado, el cual le da un libro para que aprenda a sangrar. El muchacho lo estudia, y al primer cliente que le aplica el bisturí es necesario amputarle el brazo. Ante tal estropicio, sufre la consiguiente reprimenda, y Estebanillo se defiende diciendo que el libro lo había adiestrado en la ciencia, pero no en la experiencia. Este pasaje, que cito de memoria por no molestarme en llegar al anaquel, es muy ilustrativo.

Señalemos otras interpretaciones acerca del hipo. El doctor Martinet sostiene que se trata de una contracción clónica del diafragma. La palabra "clónica" alude a tumulto y agitación convulsiva del músculo que separa la cavidad del pecho de la del vientre; tabique, en suma, que constituye el diafragma propiamente dicho. Al propio tiempo que se produce esta contracción ciérrase la glotis, o sea el orificio de la laringe. Tal

es la explicación de Martinet. Perdón, doctor; no la entendemos bien, porque si se cierra la glotis, ¿por dónde sale el hipo? La nota hiposa no es un do de pecho que demande tan amplia salida como aquellos que emitía la magna garganta de Tamagno; pero asimismo requiere su emisión que la glotis esté expedita. Por eso arguye el doctor Chaunet que la definición del doctor Martinet es confusa y deficiente.

Mucho más clara, espiritual y terminante es la del doctor Moutier. "El hipo—dice—no necesita definición; cada cual lo conoce por haberlo sentido más o menos." Esta salida de Moutier no es propia de un doctor serio. A la medicina no se le puede exigir que evite o suprima los desórdenes orgánicos, así sean tan leves como el hipo; pero sí tiene la obligación de describir cómo se producen. Para ello cuenta con un extenso léxico de raíces griegas y latinas que permite para todos los males una nomenclatura apropiada. La medicina ha progresado extraordinariamente en lenguaje. Es la ciencia más literaria de cuantas existen en el mundo. Por lo visto, el doctor Moutier cree que la mejor explicación de las enfermedades es sentirlas. Pero no comprende que una buena descripción, aunque luego resulte equivocada, ayuda mucho a soportarlas. Dentro de cada tronco corporal no hay, en lenguaje vulgar, más que media docena de cosas: corazón, pulmones, estómago, intestinos, riñones. ¡Qué error!... Cuando caemos enfermos de cualquiera de estos aparatos centrales y escuchamos a un buen médico, salimos al punto del engaño. La retahíla de nombres que nos suelta en sus flúidas explicaciones nos demuestra que llevamos dentro un número de cosas infinitamente mayor de lo que nuestra ingenua simplicidad había supuesto. Es un repentino enriquecimiento interior que nos llena de orgullo. Y sentimos al mismo tiempo, en medio de nuestros más agudos dolores, cierto consuelo y confortante resignación. Pensamos que siendo tan múltiple el número de elementos que poseemos entre pecho y espalda, nada tiene de extraño que alguno sufra avería. Si sólo fuesen seis, nuestra conformidad sería más difícil; pero cuando sabemos que pasan de sesenta, crece considerablemente nuestra facultad de aguante por virtud de la paciencia, pues sería gollería aspirar a que tal conjunto de piezas orgánicas, que demuestra la fantasía del Creador, funcionasen sin el menor escollo. Por eso son tan consoladoras las explicaciones, en su forma más lata, de los doctores eloquentes. Es una verba que alivia mucho.

Prosigamos con el hipo. La disidencia que acerca de su mecánica mantienen los doctores Heucqueville y Déjerine ha intentado reducirla a un término de avenencia el doctor Chaunet, que carece de testarudez científica, siendo, por el contrario, sumamente conciliador. Según su parecer, el hipo se llama así por onomatopeya, y es una serie de contracciones clónicas

(tumultuarias, convulsivas), debidas al brusco paso del aire a través de la glotis (laringe) contraída. "Dichas contracciones—agrega—son espiratorias y van seguidas de una reacción inspiratoria no clónica, pero muy rápida."

Ha ahí conciliada la disidencia. En el hipo intervienen la aspiración y la respiración, como en todas las funciones de la vida. La contracción empieza siendo clónica, tumultuaria, un espasmo inspiratorio, para convertirse en seguida en espiratorio, donde la contracción ya no es clónica. Todo esto está muy bien; pero nos quedamos sin saber cuándo sale el hipo, cuál de las dos contracciones, la inspiratoria o la espiratoria, lo impulsa o lo expulsa. El propósito de avenencia, que siempre es generoso y cordial, tiene muy a menudo el inconveniente de dejar las cosas más embarulladas que antes. Ningún litigio, sea cualquiera su índole, queda bien resuelto por este procedimiento, porque nadie se contenta con media razón o con la razón a medias. Yo me permito invitar a mi querido amigo el doctor Hinojar, ilustre especialista en la materia, a que nos explique la mecánica del hipo, resolviendo la disidencia de los doctores franceses. Confío en que lo hará de una manera admirable, con su castellano claro, conciso y plástico, fortalecido por un acento aragonés que empuja los argumentos como si fueran balas rasas.

Contra el hipo hay dos remedios: uno de orden físico y otro de carácter moral. Consiste el primero en beber agua despacio, sin tomar aliento, evitando así las dos contracciones referidas. El método se parece mucho a una transitoria suspensión de la vida. De aquí se desprende que el remedio más eficaz para cortar el hipo sería tirarse al mar sin saber nadar. Al ahogarse, el hipo desaparecería con toda seguridad. El segundo, el puramente moral, es también violento; estriba en dar al hiposo un gran susto, una terrible noticia, que le produzca fortísima impresión.

Como toda enfermedad, el hipo admite dos terapéuticas: la física y la moral, la que opera sobre el organismo y la que influye sobre el espíritu. Ello nos demuestra que el médico y el curandero no se excluyen; son compatibles, aunque no admitan el principio los que han cursado en la Facultad. En todo buen médico debe haber algo de curandero, de sugestionador, que refuerce con palabra animadora la acción medicamentosa. Los enfermos, por el pesimismo que produce todo estado doliente, siempre creen que se hallan peor de lo que están. Sólo a última hora es piadosa la Naturaleza con ellos, haciéndoles creer que van mejor cuando se hallan a pique de clavar el pico. El optimismo coincide con el último hálito. Se muere uno con la cabeza llena de macanas. Pero hasta este postrer momento, en todo el trascurso de la enfermedad,

la melancolía y la flojedad, el acoquinamiento y la murria, se apoderan del ánimo. Todo se ve negro. La curandería del médico debe, pues, consistir en alejar del espíritu o de la imaginación del enfermo aquel grado de supuesta enfermedad con que recarga la efectiva que padece. Nada más bárbaro que los médicos francos; nada tampoco más inmoral, ya que un egoísmo cerrado los lleva a dar mayor importancia a sus aciertos fatales que al consuelo que puedan procurar los generosos engaños. Según Quevedo, los privilegios de los médicos se extienden hasta cobrar las curas equivocadas; pero el gran burlón no advirtió que lo mismo ocurre con los errores en los diagnósticos que anuncian un fallecimiento inexorable. El mejor receptario es la esperanza animadora, aunque él sea al cabo tan inútil como todos los demás.

Pero con el hipo, la terapéutica moral difiere por completo. Por una extraña paradoja, el hiposo, al revés de todos los enfermos, se cura asustándolo con las noticias más pavorosas. El optimismo es contraproducente; hay que apelar a las mayores crudezas pesimistas. Si se le dice que va a vivir eternamente, no cesará de hipar un instante. En cambio, al anunciarle que lo va a partir un rayo, el hipo desaparece inmediatamente. Yo no sé qué razones fisiológicas podrá aducir la ciencia para explicar un fenómeno tan raro. Desde luego, no le faltarán palabras para ello; pero no se pueden cifrar grandes esperanzas en que sean convincentes. Una enfermedad cómica que se cura trágicamente es el fenómeno más curioso que puede existir en el mundo orgánico.

Como hemos visto, no hay acuerdo posible respecto a la simple mecánica del hipo, cosa que no ocurre al describir las válvulas de escape de cualquier locomotora. A juicio de Heucqueville, el hipo es un espasmo inspiratorio; según Déjerine, se trata de un espasmo espiratorio; para uno se produce al aspirar; para el otro, al respirar. Por último, Chaunet, al querer conciliar estos opuestos dictámenes, enreda aún más el problema. El hipo es, según él, una contracción inspiratoria y espiratoria, clónica y no clónica, que pasa por la glotis, también contraída. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Al aspirar o al respirar? Ahora bien—y terminemos con el lío—: si no podemos conocer la simple mecánica del hipo, ¿cómo llegaremos a descubrir las razones por las cuales la terapéutica moral se funda en sustos, malas noticias y desoladores pesimismo, a la inversa de las demás enfermedades, que se alivian, decrecen o se hacen más tolerables por medio de conceptos animadores, risueños y optimistas? El problema no puede ser más confuso y tenebroso. Asusta contemplarlo. Y la verdad es que quita el hipo el reflexionar sobre el hipo...

Francisco GRANDMONTAGNE

(Prohibida la reproducción.)